



RICARDO MARTÍNEZ LLORCA

Tal vez viajar

LHG

ensayo

Ricardo Martínez Llorca

TAL VEZ VIAJAR

Agenda de jardines, oasis, horizontes



La
Huerta
Grande

2024

© De los textos: Ricardo Martínez Llorca

Madrid, enero 2025

EDITA: La Huerta Grande Editorial

Serrano, 6. 28001 Madrid

www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-18657-66-5

D. L.: M-26063-2024

Diseño cubierta: Editorial La Huerta Grande según idea original de Tresbien Comunicación

Imprime: Gracel Asociados, C. Valgrande, 15. 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/*Printed in Spain*

ÍNDICE

TAL VEZ VIAJAR

Siempre serás un <i>musungu</i>	11
Prólogo fuera de ruta	21
Ideas recibidas	27
Lo sagrado y lo profano	41
Lo legítimo es soñar	51
Ser lo que otros han sido	59
La aventura	65
Neocolonizar	81
Las redes, maldita sea	97
Volar por dinero	113
Espacio partido por tiempo	119
Colapso	127

Desvanecimiento	139
Desterrarse: la violencia de cambiar	151
Sobre la autoestima	169
La emoción que mueve el mundo	177
Un concepto impreciso, un sentimiento claro	187
El papel, los papeles	197
El nómada y el compromiso	207
Cosas pequeñas, grandes recompensas	217
Un lugar en el mundo	225
Caminares	231
Encrucijada y mestizaje	237
Fin	243
Bibliografía	253

«El soñador no es superior al hombre activo porque el sueño sea superior a la realidad. La superioridad del soñador consiste en que soñar es mucho más práctico que vivir, y en que el soñador extrae de la vida un placer mucho mayor y mucho más variado que el hombre de acción. En mejores y más directos términos, el soñador es el verdadero hombre de acción»

Libro del desasosiego, FERNANDO PESSOA

«He rezado por mi niñez, y ha vuelto a mí, y siento que sigue siendo tan pesada como antes, y que no ha servido de nada hacerme mayor»

Los apuntes de Malte Laurids Brigge, RAINER M. RILKE

«Y es que el bosque nos arrebatara cualquier pretexto que tengamos para morir»

En defensa de los ociosos, ROBERT L. STEVENSON

SIEMPRE SERÁS UN *MUSUNGU*

Pasarse la vida soñando y encontrarse con que las constelaciones pueden ser tan maravillosas como las huellas que dejan los pájaros en el barro. Viajar hasta las constelaciones o quedarse a observar cómo los gorriones picotean en el césped mal cuidado del parque, junto a tu casa, mientras sacas a pasear al perro después de la lluvia. En cualquiera de los dos casos, sentir como se sentía mi amigo en Zambia, que a pesar de haber vivido allí, en el territorio del que estaba enamorado, durante más de dos décadas, seguía lamentándose: «Siempre serás un *musungu*».

Un *musungu*, un hombre blanco, un tipo al que quienes nacieron allí consideran ajeno al lugar que tanto está queriendo, al paisaje que desea que lo construya, a la gente con la que se reconoce, a sus hábitos y a sus afectos. Recuerdo ahora la frase de Hugo de San Víctor que suelo citar de memoria y en traducción libre: «Quien encuentra que su patria es dulce todavía es blando; ya es fuerte quien se siente

en cualquier país como en su casa, pero solo alcanza la plenitud aquel para quien el mundo entero es tierra extranjera». Unas pocas palabras más adelante, Hugo de San Víctor concluye: «El filósofo, en rigor, en todo el mundo es un desterrado».

Uno puede sentirse desterrado en el corazón de África o en los jardines públicos de la ciudad donde nació. Para evitar ser un *musungu*, intentamos adoptar los usos locales, aunque es posible que lo único que estemos haciendo, a la hora de la verdad, sea evitar ser devorados, o al menos intentarlo. No podemos impedir preguntarnos, entonces, qué satisfacción es esta que sentimos mientras tratamos de que no se nos devore mientras nos figuramos que estamos en tierra extranjera, buscando torpemente una plenitud que ignoramos en qué consiste, dejando que la materia de la que estamos hechos pasee por un trozo de mundo.

Todo destino se nos hace rudo, y en buena medida es esa rudeza la que queremos dominar cuando salimos de viaje. Aquí, en nuestro lugar de origen, donde vivimos casi todos los días, nos puede lo cotidiano, pues no tenemos armas ni munición contra la realidad. Allí, en el extranjero, nos podremos inventar y convertirnos en una auténtica fortaleza.

Pero la madurez, la misma a la que apelaba Hugo de San Víctor, empieza a alcanzarse cuando uno descubre que, dondequiera que uno se encuentre, nadie vendrá a abrigarlo y alimentarlo. No nos referimos

únicamente a conseguir ropa y algo para comer, nos referimos a que viajar es incómodo. Puede ser maravilloso, pero es incómodo.

Uno de los temas centrales de vivir es la dificultad de encontrar nuestro sitio en la tierra, un aprieto al que cabe añadir, durante el viaje, la dificultad de hacernos entender de forma explícita, que es lo contrario de lo que suponemos que existe en la vida doméstica o en el trabajo, cuando la apariencia de conseguir que nos entiendan está presente y, de hecho, acostumbra a ser las paredes del callejón contra las que nos estrellamos constantemente intentando salir del lugar en el que nos figuramos encerrados. Tal vez por eso agrade el viaje, porque saca a flor de diálogo el eje de nuestro malestar común: la casi imposibilidad de hallar nuestro lugar en el mundo, la conciencia de sentirnos siempre, como mi amigo, un *musungu* en Zambia.

Mi amigo se alistó de niño en una orden religiosa porque tenía claro que para él ser un hombre libre significaba vivir en África. Y sabía que esa ruta, la que pasaba por la Iglesia católica, era la más corta hacia su jardín del edén. Aunque bien pudiera leerse una paradoja en su decisión, porque se puede interpretar que la jerarquía de la Iglesia como institución pretende manipular la conciencia y la libertad, al tiempo que su ideología sostiene que el ideal consiste en la conciencia liberada.

Este amigo fue mi profesor cuando yo tenía trece años, me suspendió, me mandó a la recuperación de septiembre y me escribió una carta desde Zambia, a

los pocos meses de empezar el nuevo curso, durante mi primera etapa en octavo de EGB. Saludó así a todos los que fuimos sus alumnos y yo respondí. Desde entonces no hemos perdido el contacto.

Viajé a Zambia con menos de treinta años, para visitarlo, y ahora, al revisar el itinerario en mi memoria, me doy cuenta de que allí se fraguó ese debate que mantengo con mi espíritu y mis escrúpulos, acerca de qué idea de planeta debo sostener, o cuál es la idea de planeta que me sostiene a mí: por un lado es un hogar, una morada con sus terrazas, sus jardines, sus simpatías, su calor y su belleza; y por el otro es un territorio muy austero, con sus oasis, un lugar al que hemos venido a exiliarnos, porque es imposible encontrar nuestro sitio, y en el que apenas estamos de paso, lo que nos lleva con demasiada frecuencia al temor y al lamento, a reconocer que el miedo y la tristeza son hermanos gemelos.

Puede que no exista vida después de la muerte, pero tal vez sí existan otras vidas mientras estamos despiertos. Esa es la duda que nos interesa. Ojalá nadie encuentre la respuesta, porque buscar y caminar es necesario. *Navigare necesse est, vivere non necesse*. Dice Plutarco que Pompeyo espetó esta *boutade* a los marineros que no querían embarcarse por miedo al mar: navegar es necesario, vivir no lo es. Queremos encontrar esa otra vida cuando salimos lejos, a ser posible a lugares que antes solo conocíamos a través de los documentales y las fotografías.

En la película *Doctor Zhivago*, cuando el protagonista se encuentra más taciturno, cuando todas las melancolías le duelen, siempre levanta un poco los ojos y encuentra algo bello en lo que depositar sus emociones para así sentir un poco de descanso. A lo largo de la película seguimos al doctor Zhivago, que siempre se aleja, y lo hace sin rencor, y a medida que se aleja le van llegando las decepciones y en esos momentos le resulta sorprendentemente fácil encontrar la belleza, como puede resultarnos fácil encontrar gente digna, decente, noble, si somos *musungus* en Zambia. Es entonces cuando queremos averiguar cómo es posible que estos habitantes de todas las Zambias se entreguen con tanta naturalidad al proyecto de ser dignos, de mantenerse dignos, y para ello el *musungu* trata de ejecutar algo tan inverosímil como es no sentirse intruso.

Es aquí, en ese ahora, en ese encuentro con aquellos a los que las convenciones nos llevan a calificar como desfavorecidos, cuando brota un espíritu de temperatura más o menos humanista, y con él llegan todas las dudas: ¿cómo es posible ser a la vez un humanista y limitarse a ser espectador? ¿Espectador de qué?, ¿de la pobreza? La solución debería resolverse como se resuelven todos los problemas: con cortesía, con cariño. Lo que puede rescatarnos del malestar ocasionado por esa ansia de viajar a países en desarrollo, que es donde tendemos a reconocernos mejor como viajeros, es el respeto, que será el cemento con el que adaptarnos a cada paso. Si pisamos tierra firme, nos conviene intentar elegir el respeto en cada gesto,

no en abstracto, no en términos de sabiduría, porque la sabiduría en estos contextos es un limbo. Lo más parecido a la sabiduría que soy capaz de concebir es aprender a separar el trigo de la paja y a dejar que las pequeñas cosas se las lleve el viento.

El *musungu* ha viajado para encontrar amistades de paso. Casi seguro que no sabe qué es lo que salió a buscar, pero se fue buscando algo de lo que carece. De lo que está convencido es de que pretendía encontrar la antítesis del sitio donde suele habitar, donde pasa la mayor parte de sus días y sus noches, y que suele tener la consistencia del suelo urbano. Ese es otro de los absurdos del viaje: una vez cumplidos los trámites con monumentos y museos, quien parte desde el mundo más desarrollado entiende que el verdadero viaje es a lugares más pobres, o tal vez a Manhattan, que es el paradigma de su civilización, la gran neurosis, el disparate. En cualquiera de los dos casos, lo que llama la atención es lo diferente. Nos encanta asistir a los cuadros de lo marginal y nos encantaría pegar la hebra con los dueños del lenguaje marginal y hasta nos encantaría soñar sus mismos sueños para así entenderlos mejor, para así culminar el viaje llegando a donde realmente están ellos. Pero nos conformamos con querer soñar esos sueños.

A la hora de la verdad, hemos hecho poco más que fotografiar sus tradiciones y elaborar alguna pequeña censura desde nuestros prejuicios. Intentamos sentirnos más cerca del documentalista que del an-

tropólogo, y así nos damos a nosotros mismos el beneplácito para la invasión que estamos protagonizando, a pesar de la percepción inevitable de haber sido intrusos y como tal estar modificando aquello que deberíamos conservar. Será complicado evaporar del todo la mirada neocolonial mientras ponderamos que ellos viven esas tradiciones con honradez y entereza, una idea que pertenece también al mundo de nuestros deseos. Somos capaces de aventurarnos en lugares remotos donde los pigmeos aspiran a seguir siendo pigmeos para atraer el dinero de los turistas, y aun así considerar que estamos viajando.

Lo odiamos con toda el alma, pero nos sentimos tentados a incluir el adjetivo «pintoresco» en todos estos razonamientos: viajamos buscando lo pintoresco, la atracción de lo típico, que nos resulte, además, extravagante. Viajamos detrás de una cámara de fotos, ansiosos por conocer lo étnico y arriesgándonos a no respetarlo.

Según nuestros parámetros, podemos considerar pobres a los pigmeos, podemos considerar pobre un lugar y hasta un país entero y luego nos movemos por él sabiendo que su gente necesita dólares, pero se nos olvida que no quieren caridad ni piedad, ni tampoco aversión.

«Navegar es necesario» es una afirmación que nos habla acerca de la necesidad del movimiento. Pero el movimiento necesario es el movimiento libre, que debería ser la forma de moverse de quien viaja. No es

tan sencillo definir la libertad, pero me atrevo a sostener que sentimos arder un fuego blanco dentro del pecho cuando tenemos la impresión de estar siendo libres, cuando alcanzamos los mejores momentos. A la hora de la verdad, la mayoría de nuestros actos son simples reacciones mecánicas.

La necesidad de movimiento libre es la de romper los automatismos, y eso nos lleva, si es necesario, a facilitar algo semejante a la agonía: atraídos por esa combinación de acción y emociones que solo se da en los seres humanos y que resulta de la suma de la derrota y la dignidad, como la que encontramos en los pigmeos aspirando a seguir siendo pigmeos gracias al dinero del turismo, entramos en un mundo que agoniza a manos del turismo, que se añade así a otros motivos que empujan a su desaparición, como la guerra, las devastaciones naturales, la polución, las fronteras, el deshonor y cualquier tapujo con que se vista la brutalidad.

La explotación a través del viaje obedece al mismo modelo con que se explota todo en este planeta, que es el de la minería, esa exigencia de no cesar de cavar hasta exterminar la veta entera. De esta manera, con la sobrexplotación, se están liquidando los nutrientes de buena parte del suelo agrícola, al igual que se exterminaron aldeas enteras capturando a africanos para que trabajaran como esclavos en las colonias de América.

África. Si tuviéramos que establecer o sugerir la ciencia del viaje, como quien elabora una teología, el lugar más santo seguramente fuera África. Queda, a

su lado, la Ruta de la Seda, como queda, tal vez, la Antártida, y muy cerca quedarán las grandes cumbres. En esa mitología, ocupando el lugar del placer, estarán los viajes al sur, sobre todo a los Mares del Sur. Pero seguramente África sería el lugar designado para poblarlo de santos y profetas, de dioses coléricos, como el del Antiguo Testamento, o de un panteón de apariciones que sumarían infinito en la religión del viaje. Los sucesos que cabe calificar como milagros estarían a la orden del día y el templo que los ampara se poblaría de santos y brujos, de profetas, inquisidores y beatos. Y también de ateos. Porque en los casos en que la teología eleva altares tan idealizados, la existencia de los ateos es parte de la fiesta. Ayudan a dar sentido a la magia de la ciencia teológica.

Todas las cuestiones humanas que empiezan formulándose con un *por qué*, han dejado paso a un *para qué*: ¿Por qué vivir?, ¿para qué vivir? De este cariz es la fortuna del superviviente de la mayoría de los habitantes de África, o de Asia o de las regiones donde habitan los humillados y ofendidos. Y la respuesta suele tener un tufo a actuación inmediata: ¿Para qué vivir? Para no estar muerto. Eso es algo muy parecido a la resignación.

El *musungu* escuchó que la resignación es el peor de los males y que los griegos lo reflejaron en el mito de la caja de Pandora: Hefesto, el dios de la forja y el fuego, crea un recipiente, una tinaja, donde cupieran todos los males, que la imprudente de Pandora no

pudo evitar abrir. Desde entonces los males vagan por el mundo, excepto uno, la resignación, que era el más terrible de todos y por eso se hallaba al fondo, desde donde no pudo escapar, pues Pandora cerró la tapa a tiempo de guardarlo. Y así la resignación es un mal que no viaja por el planeta, sino que lo conservamos con nosotros. Otras interpretaciones dictan que la esperanza era el único bien guardado en la tinaja, pero entre esperanza y resignación pueden no existir tantas diferencias.

Será difícil reinventarnos cuando confiamos en la esperanza, porque para reinventarnos debemos plantar semillas, regarlas y cuidarlas de los parásitos. La resignación, y en cierta medida la esperanza, pueden llevarnos a la inmovilidad de la nostalgia, esperando, confiando en que algo suceda para que los mejores tiempos regresen, para que todo vuelva a ser como ese día en el que gracias a una playa africana fuimos capaz de inventarnos con decencia, y hasta de ser felices.